

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, 31 de Agosto de 2015

**Ateneo y Biblioteca**

**Club Universitario de Buenos Aires**

**Ciclo de conferencias 2015**

**“Argentina ante la Crisis de la Cultura Occidental y el resurgimiento”**

Dr. Abel Posse

Muy buenas noches, me place aceptar esta invitación de la Comisión Cultural del C.U.B.A, del club del cual fui socio hace mucho tiempo y tengo los mejores recuerdos. Es muy difícil hablar de la crisis cultural porque es un tema infinito porque hasta ahora hemos creído tal vez huyendo de la realidad, que los únicos problemas que padecemos son los políticos y los económicos. Quiere decir que cualquier diario del mundo que ustedes abran, la página principal será de las elecciones próximas o de la situación económica o de las altas y bajas de la línea económica de cada país o de cada empresa. En realidad nosotros estamos sufriendo episodios mayores y bastantes invisibles. Son como esos curiosos choques geológicos de las capas tectónicas que en un determinado momento chocan entre si y se produce una hecatombe, una catástrofe extraordinaria en la geografía del mundo.

De alguna manera, en el plano de la cultura pasan cosas similares que no son perceptibles fácilmente y que sin embargo su realidad la empezamos a vivir. Yo diría que nosotros estamos viviendo sobre nosotros, sobre los de esta generación. De los hombres de la cultura occidental que es la que podemos abarcar para explicarnos y comprendernos mejor. Estamos recibiendo una caída muy grande, de grandes estructuras que fueron pensadas en el siglo XIX por ejemplo las dos principales: la pasión de la justicia social, el comunismo de Marx, la idea de crear por fin una sociedad sin explotación, una sociedad de justicia, de equilibrio, de verdadera igualdad. Una especie de rebote de los principios no aplicados finalmente por la revolución francesa que esa filosofía iba a aplicar a través de otras vías políticas. Es evidente que el marxismo fue una de las ideas madres, una de las ideas fuerzas que movilizó al mundo occidental. Estas ideas se consolidaron en el siglo XIX y se enfrentaron a lo largo del siglo XX que acabamos de vivir.

El otro episodio, la otra gran idea madre, es la opuesta, la que recibe de la revolución francesa también los elementos no cumplidos. Posee la libertad creadora, la libertad empresarial, la libertad de la palabra, la libertad institucional, el orden institucional de las sociedades y digamos que esta idea que reúne la economía con la política y la cultura es en cierto modo el pensamiento de Adam Smith y todos los grandes economistas que fueron creando el occidente contemporáneo.

Adam Smith y Marx entran en combate. El mundo del siglo XX ha sido para nosotros un siglo de hecatombes, el siglo que se esperaba que la cultura de los hombres, la tecnología, los avances del conocimiento, las recomendaciones morales -porque otra cosa no se puede decir- terminaron en guerras espantosas en un siglo que es verdaderamente olvidable y que va a ser inolvidable porque en el fondo los siglos no los elegimos nosotros y en la corriente del tiempo van determinando la vida si es que podemos situar bien las zonas en que reaparecen los problemas o desaparecen. Lo cierto es que en este enfrentamiento, las dos fuerzas fracasaron. O sea que en el mundo hoy en el siglo XXI nos encontramos con un mundo que económicamente visto desde el punto de vista del liberalismo, de las sociedades donde se recomendaba hasta hace 40 años que cualquier pueblo que permitiese la libertad de comercio, la libertad de palabra, el orden institucional partidario, el sistema electoral, ese país iba a progresar e iba a alcanzar el nivel de vida de cualquier otro que lo tuviese, omitiendo particularidades que han sido determinantes. Y esta es la realidad que en el fondo, en el orden de las sociedades liberales han hecho un recorrido admirable en el campo de lo tecnológico pero han naufragado en esta idea de crear el bienestar mundial, una sociedad de bienestar mundial un sentido de progreso, de armonía, de paz. Han fracasado y ha creado evidentemente centros de opulencia y de bienestar y grandes continentes de exclusión, pobreza, miseria, que es lo que prácticamente divide y sigue dividiendo al mundo en nuestra época.

La otra gran sociedad que surge del marxismo que conquista y forma dos imperios importantísimos como el imperio soviético y el imperio socialista chino, de alguna manera se constituye casi en una religión, en una visión absolutamente fideista de la realidad. No puede creer que el capitalismo puede de alguna manera quedar siendo la fuerza principal, el móvil principal de la sociedad y que casi inexorablemente la lucha final tal como lo presentó Lenin en "El estado y revolución" iba a llevar a una superación final de esto, totalmente clara, de la eliminación del sistema del capitalismo como algo irracional, obsoleto que admitía la supremacía de la riqueza sobre el resto de los hombres, el enriquecimiento personal sobre todas las cosas.

Bueno, este episodio no fue así. No se impuso y curiosamente nosotros estamos viviendo una época fascinante porque estamos viendo en nuestras propias vidas la caída de imperios, cosa que no es fácil ver. Antes los imperios duraban mucho, eran casi inmovibles. Nosotros hemos visto caer el imperio soviético inesperadamente sin guerras, por un episodio que no estaba calculado en Occidente, que es cultural. El factor cultural tanto en Occidente como en el mundo soviético, era un factor de segunda, que se podía manejar, era como un hobby. Lo cultural y lo religioso pasaba a ser un elemento secundario de la vida. La verdadera vida se jugaba en torno de la política en relación a una economía. Esa dupla, marchaba hacia delante, llevaba los pueblos hacia la verdad, la afirmación de su vida y desgraciadamente esto no pasó. Nos encontramos entonces que en ambos casos hay un factor cultural que fracasó. Occidente todavía no lo quiere comprender. Occidente cree que fracasa porque hay una crisis en el 2008 porque se recupera de la crisis, y luego hay una alianza con los chinos o no. Todos estos son elementos de superficie, en el fondo la crisis profunda de Occidente está también en lo cultural.

En el caso de la sociedad soviética –yo viví en Rusia- se veía con claridad en sus últimas etapas en qué medida el espíritu del hombre que había producido, no era un espíritu normal, de un hombre adecuado a la capacidad humana de expresión, de creación, de felicidad. Y se veía claramente, se percibía que había como algo nublado en ese horizonte de realidades militares e imperiales tan visibles. De la misma manera hoy estamos en un Occidente que cree que lo que le pasa –como dije al principio- es sólo político y económico. Una vez que arregle eso, lo demás va de por sí. Estamos en una gran crisis que es en la esencia cultural. Lo que está pasando es simplemente o complejamente el abandono de ideas, de formas de vida, de creencias, de factores que habían llevado a la sociedad occidental a producir individuos felices en una extensión muy grande, creadores.

La sociedad que impulsó la tecnología a un punto extraordinario y al mismo tiempo fue produciendo una sociedad muy quebrada en el aspecto cultural. Hoy lo vemos en todas las sociedades europeas, en el mismo Estados Unidos. Hay una crisis muy grande que separa las viejas generaciones de las nuevas. Hay una línea horizontal que separa a los hijos de los padres, de alguna manera, impidiendo que haya esa comunicación creativa, que tiene que darse a través de la tradición de valores, la creencia en objetivos comunes. Se disocia el pueblo generacionalmente y no solamente por vía de las clases o de las situaciones sociales o las creencias políticas. Se disocian mucho más en profundo en estas crisis donde pareciera que los jóvenes no quieren más o quisieran excluirse de la sociedad que crearon los padres. No quieren repetir el mismo camino y no tienen un camino alternativo como lo tenían los jóvenes revolucionarios de 1920 por ejemplo, que querían una revolución comunista y entonces retomaban la bandera y terminaron como terminó, porque era imposible crear sociedades de redención humana a través de dictaduras del proletariado.

Y lo mismo entonces estamos sintiendo ahora en Occidente que hay un clima muy enfermo, un clima de duda sobre el sentido de la vida de todos nosotros. En Argentina lo vivimos de una forma especial pero lo importante es ver también esto en el plano mundial. Ahí la situación del hombre que produjo Occidente, es muy liviano después de la cultura extraordinaria que está en el origen de Occidente. Quiere decir que el hombre que somos, que produjo la sociedad occidental, no respondió a las expectativas espirituales que tenía el germen de esa sociedad.

Fíjense por ejemplo en el tema religioso. El abandono de lo religioso, curiosamente, ocurre en el monoteísmo cristiano. Los otros dos monoteísmos, el islámico y el judío, son monoteísmos muy firmes que siguen creyendo en sus dioses absolutamente. Están convencidos de la importancia que tiene ese factor espiritual en la vida y siguen convencidos de que no hay una explicación final de la vida que puede dar la tecnología o cualquier otro factor que no sea el de la fe, el del conocimiento del mundo, el adaptarse al mundo tal como es en su misterio y en su verdad. Este episodio de lo religioso en Occidente, el cristianismo no lo pudo vivir porque la revolución francesa invistió precisamente contra la creencia de lo religioso imponiendo la religión de la razón y negando definitivamente el episodio religioso, poniéndolo en segundo lugar, excluyéndolo y poniendo la política y la economía en el factor principal de la vida. Lo religioso es opcional, secundario y en el fondo, los hombres de la sociedad occidental no solamente por lo

religioso sino por otros factores que la sociedad no interpreta nuestro yo profundo, hemos quedado muy golpeados frente a la realidad, somos muy neuróticos y en realidad hemos creado una sociedad neurótica. Así se llama por ejemplo las sociedades más avanzadas como es el caso de la de Estados Unidos que se acusa a sí mismo de ser una sociedad neurótica. Esa neurosis de una vida que responde a valores exteriores y deja en oscuro todo nuestro yo profundo de cada individuo. Es una vida donde termina siendo el psicoanalista la persona más importante de la sociedad. Hay que curar al individuo que creó la sociedad feliz. O sea, es una paradoja.

Hablando de paradojas, miren ustedes lo que ocurre en Francia. El país decreta el laicismo. Hacia Jules Ferry, a principios del siglo XX, enumera las razones, puntualiza la idea de que lo fundamental en una sociedad es el trabajo escolar, la familia. Todo muy bien pero en la escuela no puede haber la presencia de lo religioso. La escuela tiene que estar exenta de lo religioso. El laicismo se creó precisamente para superar exclusiones y unificar, digamos, ante la Nación, un grupo humano coherente, que no puede tener sus diferencias muy grandes y marcadas. Ahora, fíjense que es lo que le pasa con ironía. Hoy en Francia el problema que tienen es querer ser laicos, porque el grupo islámico de Francia -lo llamamos grupo por una forma de expresión pero son 5 millones- son personas muy convencidas de su religión que exigen entonces que el hijo, cuando se educa, tenga la posibilidad de expresar todos sus factores religiosos como los elementos principales de su vida. Francia en este momento está viviendo el golpe, la puñalada que quiso aplicarle al tema de la formación cultural excluida de toda dimensión superior religiosa. Estamos entonces en un mundo bastante loco donde nosotros estamos recibiendo en nuestras espaldas la quebradura de la quiebra de todos estos factores que venían de lejos históricamente y que hoy ya no se manejan bien. Las sociedades actuales, no pueden ser capitalistas solamente, no pueden ser felizmente capitalistas como la sociedad norteamericana de Hubert y de los años 20. Tampoco las sociedades socialistas pudieron llevar adelante más que con el fracaso de sus sistemas. Yo creo entonces que estamos en un momento difícil, muy especial y muy difícil de salir porque no hay respuestas, no hay filosofías de salida ante la crisis y ante la decadencia occidental. Occidente está en decadencia, se muestra esto en los problemas de la familia. La medida mayor de la decadencia, para cualquier tratadista, es la incapacidad de reproducirse, de creer en la reproducción de su grupo. Y esto se ve fácilmente en toda Europa, donde la familia con un solo hijo ya no es un problema solamente de la China revolucionaria, sino que pasa en toda Europa. La familia de padres separados, de padres que no deciden formar una familia, donde la educación del hijo tampoco está dada en la escuela orgánicamente como pasó en las sociedades comunistas.

Así que estamos en un momento extremadamente difícil, porque se está formando una generación que ni participa ni niega. Generalmente cuando hay una negación, se afirma un nuevo camino alternativo a la realidad de la sociedad tal cual está compuesta. Y aquí no pasa. Aquí el camino alternativo no existe, entonces, estamos en un clima de fea disolución donde impera la fuga hacia la droga que es lo que peor nos puede pasar. La fuga hacia la frivolidad, la rebelión ante los padres, la falta de respeto de la sociedad de los padres. Entonces, la sociedad fue perdiendo su sacralidad, sus zonas de respeto que le dan coherencia. Al mismo tiempo, vivimos en Occidente esta ilusión tremenda de la tecnología y no nos damos cuenta que la tecnología está alentada en

una carrera demencial de producción precisamente por un sentido mercantilista. Es el factor mercantilista que está actuando con tanta fuerza, que la tecnología no tiene límites. Se fabrican necesidades de todo tipo y todos nosotros somos víctimas de creer en esas necesidades.

Este es otro tema importantísimo que hace que el filósofo Alain Finkielkraut – hace poco escribí un artículo en la Nación- en dónde él dice cómo hacemos para parar esta locura, por qué hay que seguir produciendo todo, por qué vamos a cubrir el resto del mundo de una capa de cemento, con hoteles cuadrados. La sociedad de los aeropuertos, como dicen, todo es igual ¿por qué tiene que ser todo igual? las ciudades todas iguales. La particularidad nacional, en el fondo, es la respuesta a lo que pregunta Finkielkraut. Se ha perdido la creencia en las particularidades regionales y nacionales. Entonces, hay un igualitarismo estético y tecnológico que está arrastrando al mundo a un mundo sin necesidades queridas por la política ni queridas por los pueblos. Sino que estas son impuestas por la moda, la propaganda incesante, lo que hay que hacer. En fin, creo que por acá hay una de las explicaciones de esta crisis que para pararla le exige un poder político que ya no existe.

Normalmente, si nosotros recordamos bien, hace pocos años, veinte años, un político de Estados Unidos podía frenar episodios científicos, técnicos, biológicos. En fin, lo que se quiera. Podía frenar aquello que significase un serio desvío de la vida de la sociedad en la que vivimos. Hoy día, el político no tiene la fuerza de enfrentar a un factor supremo que se robó la soberanía final de las organizaciones sociales y nacionales, que es el factor del ultrafinancierismo unificado internacionalmente ya sin país, sin responsabilidad y sin el contrato natural entre el empleador, el productor, el propietario, el empresario, con el trabajador. Se ha roto un resorte importantísimo para la justicia social, para el equilibrio de la sociedad. En este momento, hay una quiebra por la cual el factor productivo supera a la democracia política. Los presidentes suben, se piensa el poder para representar a los pueblos que lo eligen. La decisión final, como decía Carl Schmitt, la tiene el que puede decidir en la última instancia. El que decide en última instancia en la sociedad occidental, el mercado, el poder mercantilista, el poder productivo y el dinero.

Quiere decir entonces que estamos en una situación particularmente grave porque hasta ahora y durante siglos nos habíamos manejado en nombre de la política. De alguna manera los imperios y los gobiernos iban llevando los pueblos de acuerdo a su idiosincrasia, a sus posibilidades de destino, su mejoría, sus necesidades. Hoy día esto ya está suspendido de alguna manera. Cuando vemos la asociación entre China por ejemplo y Estados Unidos, es algo que nos llama mucho la atención. Fíjense ustedes que China, después de la muerte del líder comunista máximo que crea el país comunista chino Mao Tse Tung, 6 o 7 años después hace un viraje rarísimo económico que no podemos interpretar. Se dijo siempre o se sospechó que en China las ideas políticas son solamente situacionales. China elige situaciones pero en el fondo hay una ruta central del destino del pueblo chino que hace que haya utilizado al marxismo entre 1922 y 1949 cuando entran en Pekín y que después lo abandonan como pueden estar utilizando el capitalismo para afirmarse un destino diferente no para el destino de ser eternamente capitalista. En este sentido, me parece que corresponde decir que también ellos tienen la idea de que el hombre que están produciendo es un hombre que es peligroso porque en la medida de que hay zonas como

Shenzhen, la gran zona productiva, económica, moderna de China, de Shangai hacia el sur, es una zona peligrosísima en el sentido que para ellos, es el fin de sus tradiciones, de su equilibrio como pueblo porque son muchos pueblos en equilibrio los que se juegan ahí.

Todavía China está dividida entre el campesinado y esta modernidad. En esa modernidad, ya los jóvenes empiezan a producirse o a reproducir defectos de quiebra como los que estamos viviendo en Occidente y esto preocupa particularmente a los chinos. Ellos no creen en la democracia porque son 1.400 millones y si vemos lo que pasa en las democracias como algunas con 30 o 40 millones de habitantes, imagínense lo que puede pasar en China si la democracia se desvía. Ellos prefieren tener ahora una cosa muy novedosa, que es parecida a lo que tenían los venecianos: una democracia de la elite. Pero el que se movía mal, moría. Hubo varios Ducks que fueron ejecutados, ustedes saben. Los chinos están en ese camino. Como no pueden crear una democracia abierta en un pueblo que todavía habla 15 idiomas, imagínense ustedes que están eligiendo ese camino para conducirse y decidir. Pero es importante que China todavía mantiene el poder de decisión nacional que tanto se está perdiendo en Occidente. Una de las curiosidades de la política actual, fue la acogida extraordinaria que tuvo el Papa Francisco en toda Europa, incluso en sectores izquierdistas, como por ejemplo el diario Le Monde que es raro el día que no hable de estas impresiones y expresiones del Papa Francisco. Porque el Papa, desde su curiosa formación de jesuita, de hombre solitario, reflexivo, empezó a expresar lo que siente muchísima gente en toda Europa. Primero que estamos en manos de un capitalismo mercantilista desencadenado, que ordena y desordena las sociedades. Que el poder político es blando, es evidente en toda Europa, no hay la decisión que había en otras épocas, la decisión para llevar y dar solución a las cosas.

Hoy día Europa, que es el centro espiritual de toda la cultura occidental, tiene un frente anglosajón que hace las guerras y las pierde y un frente espiritual que no se impone a una definición de tipo cultural, religioso, de reconstruir los valores de la vieja sociedad que le dio su felicidad y su forma religiosa de vida, por ejemplo. Estamos en una indecisión lamentable y esto se nota. El homenaje al Papa, de alguna manera es este hombre que es capaz de decir que el capitalismo está – así lo dijo el otro día- acumulando basura obscenamente de los objetos que fabrica y que ha hecho perder al hombre ese elemento de austeridad, de vinculación con la naturaleza. Y aquí vamos a un posible y extraño y no sabemos qué desenlace pueda tener, a un posible enfrentamiento entre esta súper sociedad secreta sin secretos. Esta vinculación extraordinaria del poder económico que no tiene ya fronteras. Basta tener dinero y bancos y producir giros, no importa de dónde viene el dinero, no hay más de decisión con rostro y no hay más responsabilidad social ante las medidas que se toman. Esta súper economía, encuentra un límite inesperado. Ese límite es el ecológico.

Fíjense ustedes que algo que hace 20 o 30 años veíamos con desconfianza, como una cosa de los jóvenes o de los técnicos o de los economistas más arriesgados o menos sometidos al realismo. Poco a poco, empezamos a comprender realmente de que hay un límite ecológico en el mundo. El tema del calentamiento del mundo es una preocupación que fue postergada indebidamente. Para muchos científicos que van a ir ahora a la reunión de París a fin de año, ya definitivamente creen que el tiempo ha pasado. Estamos en un tiempo ya tardío para que el

mundo no nos castigue con lo que hemos creado nosotros, los desequilibrios que hemos creado a través de la tecnología. Esta situación es bastante clara en Europa, en este momento el cálculo que hacen acerca del aumento de la temperatura de la tierra podría tener consecuencias desastrosas. Y del otro lado, la sociedad feliz que por fin logró unificar su capital con todo el mundo y manejar el mundo sin tener responsabilidad con nadie ni rostro que dar, ese grupo del capital absoluto o soberano, al mismo tiempo ve que si se le pierden los negocios de la tierra, si no puede seguir explotando el mundo, consiguiendo energía de cualquier manera, creando objetos para vender, creando necesidades de todo tipo... el último caso que ustedes ven es el de la industria. En 20 años la industria electrónica, los juguetes electrónicos que terminan siendo la pesadilla de la familia, de los hijos, de la educación.

Bueno, lo mismo había pasado un poco antes con el otro gran tiempo tecnológico que fue la energía nuclear. Acuérdense ustedes la felicidad enorme de haber encontrado la liberación, el control de la fusión nuclear y encontrarse de repente en una realidad de 50 años de equilibrio del terror como se llamó. Quiere decir que la tecnología nos da cosas y nos quita otras y al mismo tiempo también está destruyendo esta posibilidad de una armonía mayor en relación con la naturaleza, con la vida, con la familia. Creo que este problema de la cultura occidental es el más notable que hemos vivido en muchos años porque es una sorpresa. Todos los conductores, las dirigencias económicas, culturales incluso políticas, no imaginaban jamás que iban a tener que responder a un problema como el desastre ecológico y solucionarlo. Observar que hay un desequilibrio de tal manera en el financierismo exacerbado que termina con el poder político de los países.

Entonces estamos ante un cambio muy profundo y muy hondo que necesita repuestas. Una de esas respuestas –usando al filósofo Finkelkraut que usa una palabra del nuevo testamento que es “Katejón” que quiere decir en griego “el dique”-, en qué momento hay que poner un dique para que la sociedad no siga siendo la repetición de dolores o mediocridades o imposibilidades. En qué medida podemos decir hasta aquí va este tipo de sociedad. Eso implica lo que se llama un cambio civilizatorio. No es fácil, en general todos los cambios llamados civilizatorios- nosotros hemos vivido alguno parecido en el 45 con el fin de la guerra mundial- pero se necesita la hecatombe. Normalmente la razón humana no nos alivia en general de la necesidad de la hecatombe. Puede ser la guerra o un episodio geográfico o lo que sea pero la hecatombe tiene más energía de decisión que la razón humana, entonces la razón va a rastras detrás de lo que va pasando en el mundo. Creo que en este caso la idea del “katejón” es muy difícil de aplicar. El Papa, en su coraje, creo que es una de las figuras que tiene la idea clara de que hay que poner ciertos límites en la sociedad en que vivimos, porque las sociedades se están disolviendo en su propia esencia.

En el caso de Occidente en la familia cristiana, en la familia normal, en la juventud que rechaza la educación o la continuación, la tradición de las cosas y en el problema tremendo de la decisión familiar que tiene una consecuencia cada vez más grave en todos los órdenes de la vida psicológica y profunda de los individuos en Occidente. Yo quiero decir también que Occidente vivió años extraordinarios. Los últimos que yo pienso que fueron entre después de la Guerra y el

fin de siglo y que ahora entró en una situación grave para solucionar todos estos problemas que hemos enunciado. La cantidad de energía que se necesitaría para recuperar y seguir creciendo, nos significaría una hipoteca ecológica del primer orden que no podremos solventar por ahora. Así que estamos en puertas de grandes resoluciones que van a poder equivaler tal vez a una hecatombe.

No puedo dejar de hablar de nuestro querido país y porque esta conferencia es la crisis del mundo y de Argentina. Este es un paraíso perdido para nosotros por ahora, un paraíso maravilloso donde hemos tenido todas las posibilidades y las hemos pisoteado, desechado como si fuera un país de segunda. Nosotros hemos vivido y vivimos en América Latina, la posibilidad de haber creado una respuesta de vida equilibrada, feliz y no lo supimos sostener. Hemos copiado lo que nos imponía la moda de los países más desarrollados que en el fondo, detrás de esa moda venía un aspecto claramente comercial o de dominación y no hemos sabido haber lo que pudimos haber sido. De alguna manera, esta Argentina es maravillosa, está intacta.

Hay un politólogo que se llama Walter De Rivero que pone el ejemplo de Argentina como el país que tiene las condiciones fundamentales para vivir. Tiene una población maravillosa. Argentina recibió en algún momento de nuestra locura histórica extraordinaria un grupo de 2 mil hombres decidió que tenían que crearnos la propia población. No le gustaba ese desierto con algunos grupos de indígena que vagaban, que no constituían verdaderamente civilización alguna. Y decidieron que tenían que traer la mejor inmigración y esa iba a ser la europea. Tuvieron un coraje que hoy la cobardía que se esconde detrás de lo políticamente correcto, no admitiría ni siquiera decirlo, ellos dijeron en la constitución nacional que vengan los europeos a esta tierra vacía y con arrogancia, seguros de lo que era esta tierra maravillosa, que vengan y hagan entonces aquí los hombres de buena voluntad realicen su trabajo y su vida. Una cosa es la población, la otra es la energía, es el agua, el alimento y por último, como lo llama De Rivero, la situación estratégica, la renta estratégica. Dice que los países según como estén situados, tienen una renta estratégica de algún tipo como lo es Turquía que está en el centro del mundo y que es un país que recibe ayuda y poder por esa situación mundial que tiene. El caso de Israel. Hay otros países que tienen rentas estratégicas de su extensión y su riqueza, el caso de Estados Unidos, Rusia. Argentina también tiene su renta estratégica, dice, en la situación que tiene entre los dos mares, en su proyección hacia la Antártida, en su situación además junto con América Latina, de participar de una cultura que tenía ganado lo principal que hacen dos pueblos cuando tienen que unirse. Hoy en Europa, vemos que a un italiano le cuesta enormemente comprender a un francés o a un alemán, no por el idioma sino porque están tan metidos en su ser milenario que les cuesta enormemente pensar cómo pensaría un alemán en mi lugar, qué haría aquel francés o qué hace el español. Es muy difícil que Europa pueda ser alguna vez como América Latina podría serlo y como lo fue Argentina o como lo es Brasil o Estados Unidos. Una unión verdaderamente consolidada. En cambio, Argentina tiene la posibilidad con América Latina de crear una zona de vida que no sea la zona de vida alienada que propone la tecnología, lo que hemos criticado, lo que hemos visto que tiene un horizonte agobiante. El tipo de la vida moderna, las necesidades, las exclusiones, la carrera por serla, el hecho de tener que trepar a una pirámide, de tener que correr como el burro detrás de la

zanahoria. Es una sociedad demencial esta. América podría haber creado una sociedad mucho más libre, mucho más austera, como las sociedades asiáticas que no tienen tantos objetos en las casas como nosotros y no necesitan tener dos autos en la familia y que viven de otra forma.

Argentina con América puede crear todavía una respuesta. Hay un filósofo irónico, se llama Braudrillard, que dice que los sudamericanos jamás han salido del marsupio colonial. Somos marsupiales, estamos metidos en la bolsa tibia de lo colonial. Todavía creemos que la vida está en Estados Unidos, que la vida es Europa. Nos gusta ir a Europa pero lo que era importante de nosotros era que tenemos un poder territorial extraordinario. Argentina, volviendo a De Rivero, por ejemplo, es un país sin tacto. Nosotros tenemos la posibilidad en 4 o 5 años más de producir un 50% más de cereales y ya es una barbaridad porque vendemos 100 millones, podríamos producir 150 millones. Podríamos alimentar a 400 millones de personas. Argentina tiene más proteínas en el Atlántico alienado y usurpado, que en las vacas. Las proteínas del mar continental, son tremendas. Tenemos una proyección hacia la Antártida que es muy importante. Argentina tiene una población vital de primer orden.

El segundo acierto de los constituyentes nuestros, a parte de la inmigración, fue que realizaron una inmigración que llegó a la Argentina y nos enseñó todo. El que enseñaba, no era el que traía la cultura, supongamos un hombre educado, un inmigrante que haya tenido formación superior o media. El abuelo ignorante, analfabeto en la mesa lanzaba valores, de ahí viene la vida en Argentina. Yo empiezo a sospechar porque esto estaba subestimado, nosotros creíamos que los criollos éramos los que movíamos la sociedad, los que hacíamos la casa maravillosa. Pero la vida verdadera del poder argentino ha sido esos valores que segregó el abuelo inmigrante en la mesa, que no pretendía imponerlos porque los decía con humildad del que no sabe leer ni escribir. Pero lo dio como ejemplo de vida, de palabra. Como ejemplo moral, de sentido de familia, como un sentido discreto de lo religioso, porque no era una impositiva la vida religiosa. Y los hombres estos que venían de varios orígenes distintos cada uno en su esfera, dio lo mejor. Y hubo un señor extraordinario que se llamó Sarmiento, que se dio cuenta de que estos hombres extraordinarios operaban en sus familias, en sus casas, metidos en sus hogares. Que trabajaban 12 o 15 horas por día para poder sobrevivir e enriquecerse como lo hicieron. Pero a los hijos se los robó Sarmiento. A todos los hijos los hizo argentinos. A las 8 de la mañana tenían que estar en cualquier pueblito de Buenos Aires, en cualquier lugar de las grandes ciudades, en cualquier lugar de la Argentina estaba el colegio que izaba una bandera a las 8 de la mañana con guardapolvo blanco. Eso fue Sarmiento. Hizo la Nación Argentina con sentimiento nacional lo que le dio Sarmiento en la escuela.

Nosotros somos más hijos de la escuela y de nuestros abuelos inmigrantes que de otra cosa. La verdadera personalidad del argentino, está centrada en estos episodios benéficos y extraordinarios. Pues bien, ahora se empieza esto a demoler. Creo que no están los abuelos y creo que nuestra crisis empezó no cuando vino Perón como muchos creen sino cuando se fue el último abuelo. Y que desde entonces, Argentina es una sociedad muy desequilibrada, muy en disolución. Es como si hubiera tenido una unidad de vida feliz que recordamos todo de nuestra infancia, esas noches buenas de familia, esa Argentina inefable con libertad en el sentido muy amplio con una clase obrera con sus sindicatos organizados. Cuando lograba trabajar mandó al hijo a la

universidad, hecho único. La revolución de la mujer en la Argentina, en todo Iberoamérica, la mujer a partir de un determinado momento tiene una presencia cultural, profesional, llenó las universidades. Quiere decir entonces que esta Argentina maravillosa no la tenemos que ver solamente a través de la vocación nostálgica, sino que tenemos el derecho de empezar a reproducirla, de hacer el “katejón”, el “dique”. Porqué vamos a tener que seguir así, porqué vamos a tener que tener una juventud como un proletariado musical que anda por cualquier lado y que si puede pescar alguna droga se la pesca. Porque estamos a puertas de grandes enfermedades sociales y la principal de ellas es la droga. Ahora, si esto es así, evidentemente nuestros políticos deberían comprenderlos si son más bien hombres de un nivel cultural muy mediocre, pero no es la cultura del erudito. La mediocridad está en una dimensión espiritual que no tienen de pasión argentina, de coraje. No tienen coraje para decirlo y estamos diciendo normalmente nosotros y hasta lo diríamos si estuviésemos tomando un café. Falta coraje en los políticos argentinos, falta una visión grande del país. Tendríamos que en este momento comprender y que el mundo nos exige totalmente una unión con América Latina, particularmente con Brasil, Uruguay, Paraguay, con todos los países de nuestra esfera de Sudamérica y crear una zona fuerte de vida capaz de resistir los grandes embates que van a venir. Porque el ultracapitalismo no va a comprar ya objetos o tierras, se va a comprar negocios enteros. Se va a adueñar de la producción entera de los países. Hasta ahora, se compraba una fábrica y se asociaba con otro. Eso desaparece y ahora las grandes sociedades económicas del mundo se van a adueñar de los negocios de cada país. Van a dejar vacío. Vamos a ser todos un gran proletariado mundial de alguna manera. Eso se vio prácticamente en África y creo que es un proceso lamentable. Pero justamente en América Latina, no hay duda alguna de que tenemos la capacidad de crear zona seria de calidad de vida y al mismo tiempo de respuesta a estos problemas económicos.

Creo entonces, volviendo un poco al tema mundial, del enfrentamiento religioso que ahora se está produciendo entre el islamismo y la sociedad occidental. Lo que está ocurriendo es precisamente lo que hemos hablado largamente desde el comienzo. Es un problema cultural. Yo fui encargado de negocios en Israel, estuve 3 años y conocí Arabia y Egipto. Fui muchas veces y puedo decir que la frontera de ellos no es porque se opongan por una frontera por razones económicas solamente o políticas. Es una frontera de desprecio al hombre occidental como portador de un virus maléfico de amoralidad. Es feo decirlo. En una ocasión en El Cairo, le comenté a un diplomático que había observado que cuando pasaba un extranjero a veces había alguno que decía algo o escupía. Cosa curiosa, era un gesto de desprecio. Y el diplomático me dijo que lo único que puede explicar esto es que lo peor que puede tener alguien es haber negado su propio Dios. El Dios que construyó tu sociedad no lo puedes negar y occidente está haciendo eso.

Ahí yo comprendí en qué medida la frontera es el miedo a toda una forma de vida que nosotros creemos que es feliz y exitosa de los jóvenes con la marihuana en el bolsillo, con la guitarra eléctrica. Estamos creando una zona frívola de la vida negativa y ellos lo saben. Prácticamente desde la frontera del mediterráneo oriental hasta el Mar de la China, usted encuentra gente que está mucho más relacionada con la naturaleza, con la gravedad de la vida que nosotros. Nosotros estamos creando una vida frívola, superficial, interesada de esclavos

felices, que no creemos felices. Siguiendo con este tema, diría que el enfrentamiento que puede haber es muy grave, porque en la irritación del mundo árabe islámico, después de las cinco guerras perdidas por Estados Unidos, por los anglosajones... digamos que en Medio Oriente diría Somalia, las dos de Irak, ahora Siria, digamos que este elemento ha creado una irritación tremenda y definitiva hacia occidente. Entonces ustedes verán en qué medida en la prensa se transcriben episodios horribles. Ellos viven su religión con la misma energía tremenda con que la vivió el cristianismo hace 4 siglos, cuando invadía los países, cuando fue con las cruzadas y cuando declaró la organización de la inquisición. Las religiones, cuando creen en si mismas, son muy peligrosas, se afirman demasiado. Entonces ellos están en una etapa de afirmación con el justificativo que tienen ellos para ellos de que Occidente es una frontera de amoralidad, de corrupción y corrosión de la vida normal.

Bueno, no les digo nada más que tengo una gran esperanza con nuestro país. Creo que lo que nos puede salvar no son los dirigentes tan mediocres que vemos en el horizonte, sino la fe en nosotros mismos. La idea que tenemos que no es una ilusión, es que tenemos un gran país humanamente lleno de posibilidades y de energías poco desarrolladas. Están frenadas las energías del pueblo argentino. Este país puede pegar un salto para poder crear el milagro de conducirse bien y recuperarse. Antes de la conferencia, yo comentaba que lo que podemos esperar, ponía el ejemplo norteamericano de 1944 cuando muere Roosevelt, en el peor momento de la guerra, todavía estaban desembarcando y sube un hombre al poder que es un señor que tiene una tienda de camisas, que había quebrado, que pertenecía a uno de los dos partidos políticos, que era un hombre bueno y lo conocían como un diputado que trabajaba bien. Se llamaba Truman. Ese hombre tenía que decidir terminar la invasión de Europa, tirar la bomba atómica en China... ahora, yo creo entonces que al revés de lo que decía Ortega de que el hombre es él y su circunstancia, yo deseo para la Argentina que la circunstancia que es este país maravilloso, saqueado, puesto de rodillas, destruido en la educación sarmientina que es su mayor lujo, este país pueda encontrar su Truman entre los tres dirigentes que tenemos a la vista. Alguno de estos en una de esas crece como Truman. O sea que las circunstancias crean al hombre a veces y lo agiganta. Ojalá eso. Lo que creo que nosotros ya somos conscientes que no podemos ir más abajo, que tenemos que recuperar la familia. No puede haber este episodio de división generacional, esta especie de extrañamiento, estas formas vergonzosas de vida política. Así que yo creo que la Argentina tiene tales calidades que todavía van a prevalecer sobre tales infamias.

Muchas gracias.